

¡A ROMA!

Durante los días 20, 21 y 22 de Septiembre próximo se celebrará en Roma un Congreso Internacional de Librepensadores que tendrá una importancia colosal.

Los primeros sabios y filósofos de la tierra patrocinan ese Congreso.

Mé aquí algunos nombres:

BERTHELOT, de Francia.---SALMERÓN, de España.---HAECKEL, de Alemania.
MAUDSLEY, de Inglaterra.---HECTOR DENIS, de Bélgica.---ARDIGÓ Y LOMBROSO, de Italia.

Sobre ello, asistirán numerosos diputados, catedráticos, literatos, periodistas y obreros, representando todos los matices de la gran familia democrática: republicanos, socialistas, libertarios como lo hicieron en el anterior famoso Congreso de Ginebra.

En el fondo, el Congreso tendrá por objeto declarar la mayoría de edad del género humano.

Hasta aquí las castas sacerdotales se habían atribuido la representación de Dios, con poderes sobrenaturales para gobernar y enseñar á los hombres.

La gran Revolución francesa derribando ese régimen de usurpación, fundado en la más absurda de las leyendas, proclamó la igualdad de todas las criaturas humanas ante el derecho, ante la razón, ante Dios. ¡Imposible que Dios que envía la luz para todos los ojos, otorgase á un reducido número de hombres, á la casta sacerdotal, el privilegio de poseer inteligencias más luminosas que los demás y el derecho exclusivo de vender la salud y las gracias espirituales!

La Revolución dijo:—No hay derecho divino; todo el derecho es humano.

Y un siglo, un solo siglo ha bastado para que esas grandes ideas de la Revolución se hayan impuesto á todos los espíritus viéndose resplandecer cada día más su virtud al ser contrastadas con la práctica.

No hay ya nación que no afirme su régimen político en las ideas de la Revolución, y la propia España, la catolicísima España consagra en su Constitución los derechos del hombre. Así no en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo está escrita nuestra ley fundamental, sino en el de la libertad de pensar para todos; la libertad de enseñar para todos y la igualdad ante el derecho para todos.

¡Qué mucho, si el Papa mismo se ha visto obligado á reconocer el nuevo derecho!

Fué León XIII el que dijo á los católicos franceses:—Haced republicanos; ingresad en el campo de la República.

Esto es que el Papa reconocía la legalidad esencial de unos poderes como los de la República que proceden exclusivamente de la voluntad humana, de la inteligencia humana, del fondo íntimo del ser humano, ya que ni el presidente de la República, ni las Cámaras, ni los Ministros, ni los tribunales tienen en Francia otro origen que la voluntad humana sin mezcla alguna de derecho divino.

En suma, el Papa romano ha reconocido con la Revolución, que el derecho, todo el derecho viene del hombre y no viene de Dios.

Un solo siglo ha bastado así para que la mentira del derecho de casta, impuesta con el hierro y con el fuego por el sacerdocio á nombre de un Dios inventado por él para dominar y someter á tributo á los pueblos, se borre de los Códigos fundamentales, para ir afirmandose cada día con más intensidad é imperio los derechos imprescriptibles é inalienables de la Humanidad.

Peró la Revolución fué una gran intuición popular, un arranque sublime de humanismo, de que los pueblos no pudieron formarse conciencia con el ruido y el estruendo producido por las viejas instituciones al derrumbarse, por el chocar de las armas, los toques de arrebato y el desplome formidable de los altares y los tronos.

Protegida por las armas de aquellos sublimes luchadores que derribaron la Bastilla, la ciencia ha podido durante el siglo XIX, en calma y sosiego, escrutar los destinos humanos, remontarse á lo más alto con el telescopio, profundizar en lo más hondo con el microscopio, formar así un nuevo concepto sólido y firme del mundo como fundado en la verdad positiva y demostrada.

Esa concepción científica del mundo, absolutamente incompatible con la vieja concepción religiosa, confirma por completo la intuición revolucionaria; y es cosa totalmente averiguada por los sabios que el pretendido poder espiritual del Papa es una ficción, no más fundada ni más estable que su poder temporal de que fué lanzado há más de treinta años por el glorioso pueblo italiano.

Hacer en el orden espiritual lo que Italia hizo en el orden temporal, destronar al Papa del poder espiritual que usurpa, como los italianos le destronaron del poder espiritual que usurpaba; he ahí lo que se proponen hacer en Roma los representantes de la ciencia reforzados con el poder de los representantes de la democracia.

Se trata así de un acontecimiento histórico de importancia superior aún al de la caída del poder temporal que el pueblo italiano celebra con fervor, justificado entusiasmo cada año, precisamente el 20 de Septiembre, lo que es un incentivo más de la futura excursión á Roma.

Se trata de restaurar el derecho en el fondo de todas las conciencias. Se trata de decir, no sólo al pueblo italiano sino á todos los pueblos:—Todas las facultades espirituales que se atribuyen el Papa y los sacerdotes son completamente falsas, como fundadas en un privilegio absurdo para cuyo otorgamiento tuvo que bajar Dios á la tierra convertido en hombre, lo cual es disparatado como son disparatados los libros llenos de grosera milagrería que ofrecen los sacerdotes como testimonio de esa pretendida bajada de Dios. Así el gasto de actividad, de energía, de riqueza que hacen los hombres para mantener al sacerdocio y sostener el culto, son una pura pérdida que solo sirve para mantener esperanzas quiméricas y perpetuar la sumisión ya intolerable de unos hombres respecto de otros, llevada al grado de indignidad de arrodillarse la masa general que se supone degradada y despojada de derechos por Dios á los pies de los sacerdotes armados de un privilegio asombroso—que venden por dinero, convirtiéndolo en filón de inagotables riquezas,—por un Dios parcial y caprichoso no más digno de estimación que el padre monstruosamente injusto que deja su herencia á uno solo de sus hijos desheredando á todos los demás.

Como se vé, la importancia del Congreso de Roma va á ser extraordinaria, va á ser suma. Todas las conciencias están en él interesadas; todos los pueblos van á sacar de él las consecuencias más fecundas. Mientras la Iglesia cae, la ciencia sube. Cogida en flagrante delito de mentira la Iglesia; habiendo dicho que se condenaba todo el que leía libros y periódicos, y ahora no hay católico que deje de leer; habiendo dicho que la tribuna era la cátedra del diablo, y hoy yendo carlistas y tradicionalistas á los parlamentos á ocupar la tribuna del diablo; habiendo dicho que los curas extrañan demonios del cuerpo, y ya no los extrañan ocultando avergonzados los libros de exorcismos; habiendo dicho que pertenecía al Papa el trono de Roma y estando de acuerdo ya el mundo entero en que lo usurpaba; diciendo que le pertenecía la inmensa cantidad de bienes amortizados, y estando reconocido por todo el mundo que era una usurpación, un robo, incluso en la católica España, cuyo gobierno borbónico se incautó de los pretendidos bienes del clero; convicto y confeso de tanta y tanta suma de falsedades cuyo afán único era dominar y enriquecerse, el crédito de la Iglesia ha ido hundándose cada día más en los abismos.

En cambio, la ciencia, demostrando con hechos cada día más maravillosos, la verdad y fecundidad de sus descubrimientos, ha conquistado y conquista por momentos la suma más grande de crédito entre los humanos.

Todos van creyendo y confiando cada instante más en los sabios, porque á la vez que van traducida su sabiduría en inagotables filones de bienes materiales, advierten que se en-

cierran en un recogimiento modesto y desinteresado. ¿Cuándo los sabios han pedido como los Papas coronas y cetros temporales? ¿Cuándo nuestros filósofos y pensadores han promovido guerras civiles, como los clérigos, queriendo imponer su soberanía absoluta á la nación? ¿Es en las Universidades donde se han encontrado los depósitos de armas con que se ha sembrado la muerte y la destrucción en la triste España? No; ha sido en las Iglesias y los conventos. Y, sin embargo, ya lo estáis viendo: esa luz eléctrica que acaricia nuestros ojos no procede del misterio de la Trinidad que tantos siglos han venido predicando los sacerdotes, sino de las teorías modernas elaboradas por los sabios; el vapor que os conduce con rapidez vertiginosa no es el producto del dogma de la Purísima Concepción, sino de la labor científica.

Las montañas de bienes acumuladas en un solo siglo que lleva la ciencia de existencia—no es completamente libre porque no ha dejado de ser perseguida y calumniada por la religión—; son un testimonio que se mete por todos los ojos, de la veracidad, de la fecundidad y de la utilidad insondable de la ciencia.

Y si los sabios van á decir en Roma señalando al Vaticano:—Aquel es un edificio de mentira. ¿Quién no aceptará ese fallo de la ciencia imparcial, de la ciencia desinteresada, de la ciencia bienhechora?

Sin duda, el acto que se prepara en Roma va á tener un interés y encerrar una fecundidad infinitos.

Los problemas más candentes, aquellos que tienen al rojo los espíritus en los países latinos, en Francia, en Italia, en Bélgica, en Portugal, en España, en las Repúblicas de nuestro origen van á obtenerse de allí inmediata y rápida solución.

¿Cómo podrá detenerse un día la separación de la Iglesia y el Estado en Francia después de oír decir á los primeros sabios del mundo en Roma que todo el fundamento del derecho de la Iglesia es falso y que los sacerdotes no deben tener poder de ningún género, ni espiritual ni material? ¿Cómo España concederá parte de soberanía alguna al papa, cuando los sabios van á demostrar que los títulos invocados por el papa para reclamar esa soberanía, son no sólo falsos sino disparatados?

Y he ahí que la solución del problema de ese convenio con el papa, que con justicia apasiona en estos momentos á la España liberal entera, la va á dar totalmente resuelta el Congreso romano.

¿Es que queréis saber á ciencia cierta los fundamentos en que vais á apoyar vuestra negativa para rechazar el convenio hecho por el clerical Maara con el Vaticano, liberales españoles? Pues id allá, al Congreso de Roma.

La cuestión española entera se va á iluminar sin duda á plena luz en el Congreso de Roma.

¿Queréis aprender, gozar, enriquecer vuestros entendimientos con las enseñanzas más preciosas, traer aguzadas las mejores armas para herir á este sombrío ministerio vaticanista? Id á Roma, no dejéis de ir á Roma.

Seremos los hombres más insensatos del mundo, si desperdiciamos esta ocasión sin igual que se nos presenta de restaurar nuestro crédito y honor.

Perentoriamente nuestra defensa está solo en las simpatías que sepamos inspirar en el mundo. ¿Qué español puede tener confianza en que le defenderán una marina que ya no existe y un ejército que está tan desorganizado como cuando entregó, sin combate, el suelo español al extranjero?

Pues aquello que no pueden hacer las armas, porque no se improvisan las escuadras ni los armamentos, lo pueden hacer las simpatías. Más que bajo el peso de las armas hemos caído bajo el peso de las antipatías del mundo. El mundo no ama ya sino á los pueblos que dan pruebas de querer ser libres. Amó á Italia porque quiso ser libre, ha amado á Cuba porque la ha visto resuelta á ser libre, ama excepcionalmente á Francia, porque ha venido á ser la nación clásica de la libertad. Apenas se convenga de que España ama intensamente la libertad y está resuelta á ser libre, se despertarán hacia ella innumeroso de simpatías que valdrán para defenderla más que todos los acorazados y cañones. Los primeros sabios, los más ilustres publicistas y los hombres del parlamento, reclamarán en todas las lenguas respeto para ella en el caso de que alguna potencia la amenace.

Los buenos patriotas, los patriotas concienzudos, no menos que los buenos republicanos y demócratas, tienen así un interés supremo en que la representación española en Roma revista los caracteres más salientes para hacer fijar en ella la vista amorosa del mundo. Nos conviene supremamente que los extranjeros vean por sus ojos que la España popular, la España verdadera, es todo lo contrario de la España oficial, única que ellos conocen. Mostrar en Roma por una representación grandiosa que España va, en amor á todas las libertades, á la cabeza del mundo moderno, nos colmará de honor y nos salvará.

¡Arriba los patriotas!

Los barceloneses preparan una expedición de mil catalanes.

¿Por qué no harán lo mismo las demás regiones?

El flete del barco costará unos tres mil duros. A este gasto tienen que agregar los que viven en el interior, el viaje de ida y vuelta á Barcelona. Este sacrificio personal bien puede haber en cada región mil patriotas que puedan hacerlo. En cuanto á los tres mil duros del flete del barco, ¿faltarán otros mil que, dando á tres duros cada uno, los reúnan? ¿No es ese un sacrificio ínfimo al lado de los grandes resultados que el viaje á Roma puede producir?

Si hay una guerra, ¿qué de sumas mayores que esa no tendrá que pagar cada español sobre dar también sus hijos? Pues bien, una grandiosa manifestación de la España liberal, sería un seguro contra la guerra. Para agitar la opinión y evitar que se apruebe el convenio con Roma, ¿qué liberal no estará dispuesto á dar tres duros? Pues el Congreso de Roma facilitará argumentos y armas invencibles contra ese convenio.

¡A la obra, pues, españoles de alma libre! Que en cada capital de región: en Valladolid para Castilla, en Bilbao para Vascongadas, en Santander para Cantabria, en Coruña para Galicia, en Logroño para la Rioja, en Zaragoza para Aragón, en Valencia y en Cartagena para la región levantina, en Sevilla para Andalucía, en Badajoz para Extremadura, en Madrid para Castilla la Nueva; se constituyan al punto grupos de seis ú ocho personas, los más entusiastas, los más altruistas y más capaces del sacrificio para que se dediquen á recaudar en breve plazo lo necesario para fletar un barco que lleve á Roma los delegados de su respectiva región.

Todo se reduce á redactar algunos millares de circulares invitando á todos los liberales pudientes de la respectiva región á contribuir al menos con tres duros para esa obra de salvación de la patria, y con un millar que respondan, ya se tiene asegurado el pago del pasaje. Luego publicaremos el nombre de esos bravos, y si es preciso, los grabaremos en oro para que quede memoria de los que han tenido más conciencia y más generosidad para contribuir á la restauración del nombre de su patria en el mundo.

¡A la obra pues, y sin demora, porque el tiempo apremia, españoles de alma libre!

Veamos quien son los seis más devotos y decididos, y los mil mejores de cada región española.